

Dexe ya de combátirme
el esperar y el temer,
que no puedo ya tener
la esperanza que he tenido,
pues sobre haberla perdido
no tengo ya qué perder.

Sin ninguna confianza
vivo ocioso en mi cuidado,
pero, en un desesperado,
¿de qué ha de haber esperanza?
¡Ay de mí! que nadie alcanza
aqueste despecho esquivo;
yo sólo soy quien lo escribo,
yo sólo soy quien lo siento;
él me tiene sin aliento,
ni bien muerto, ni bien vivo.

Ninguna cosa procuro,
porque ninguna deseo;
todo lo examino y veo,
y de nada me aseguro.
Ni me queixo ni me apuro;
hállome sin resistencia,
sufriendo hasta mi paciencia;
y en estado tal estoy,
que por doquiera que voy
no soy más que una apariencia.

Pero por no andar conmigo
obro á veces tan acaso,
que ni siento lo que paso
ni consiento lo que digo.

Téngome por enemigo
después que la causa dí;
si con causa me perdí
ora de cuerdo ó de loco,
dáseme de mí tan poco
que ni aun sé parte de mí.

VIII

Tales y tan agradables esparcimientos ocupaban al Conde, cuando al finalizar el mes de Octubre del año 1609 fué enviado á llamar de la Corte con mucha priesa. Entendióse que era para ir en las galeras que habían de regresar á Italia, á servir el cargo de Virrey en Nápoles, para el que estaba proveído.

Y así era en efecto.

PARTE SEGUNDA

(1610-1616)

I

—Pasad adelante, señor Miguel, que aunque estamos por todo extremo atareados descolgando las tapicerías de los aposentos y preparando la ropa para enviar á embarcar para Nápoles, todavía el Conde, mi señor, holgará de veros antes de pasarse á posar en Palacio, en el cuarto del Duque, su tío.

—Bien está, señor Santillana; pero andad más aprisa por vida vuestra, para que lleguemos. Bueno será que mováis más los piés y menos la lengua.

—No lo puedo remediar, señor *Cervantes*; soy locuaz, demasiado charlatán cuando veo personas de las de mi agrado. Y como á vos os vemos tan de tarde en tarde por acá... Desde la enfermedad del Conde, mi señor, hace ahora dos meses no os he vuelto á ver.

—¿Y cómo le va de salud?

—Tal cual; así, así; medianillamente, aunque él no lo confiesa. Pero á mí, que le he criado, no puede engañarme. Aquellos crecimientos que tuvo por Diciembre fueron malignos, y á todos nos pusieron en cuidado por su poca complexión y la debilidad de cabeza.

—Pero de entonces hasta ahora no ha vuelto á resentirse...

—A Dios las gracias. Y cuenta que bien me lo he temido, y también lo temía mi señora la Condesa, que fué golpe inesperado, y que mucho pesar le causó la súbita muerte del secretario Ramírez de Arellano.

—¡Pobre D. Juan! Hombre era de grande estima, y merecía toda la confianza del Conde. Nunca olvidaré que á él debí mi entrada en esta casa...

—Mucho os estimaba, aunque con razón, señor *Cervantes*; pues bien sé que os habíais conocido en vuestras mocedades en las jornadas de Italia, y muchas veces me refirió que erais un buen camarada en

la pelea por vuestro valor, y en el aposento por vuestro genio alegre, que siempre encontrabais modo de hacer llevaderos los trabajos.

—Eso se borre, Santillana, que hace muchos años es pasado; y decidme, ¿cuándo piensa partirse el Conde para su gobierno?

—Todavía no lo ha dicho, y pienso que ha de tardar; porque dicen que no ha de partir hasta dejar sentenciado el pleito que tiene con el Conde de Monterey sobre el estado de Viezma. Y á Dios quedad, que no tardará en venir aquí S. E., y no quiero que me encuentre parlando, parlando y mano sobre mano cuando sobra faena para todos.

II

Triste y meditabundo, apoyado sobre el antepecho de una ventana, permaneció algunos minutos *Miguel de Cervantes*, descansando la frente sobre sus manos. El ruido de una puerta que se abría le sacó de sus cavilaciones, y al levantar la vista se encontró frente á frente con el Conde de Lemos.

—Preciso ha sido para veros que os enviase á llamar, señor *Cervantes*, dijo aquél con acento bondadoso, y como entre grave y chancero, pues, á lo que parece, no hacíais cuenta de volver tan presto.

—Desde el día en que vine á daros la enhorabuena por la merced que S. M. os había hecho, os declarasteis tan franca y resueltamente verdadero señor y bienhechor mío, que he temido ser molesto...

—Eso no se diga, que me enojaréis de veras: jamás cansan los hombres de talento; y si la adversidad los persigue, gracias doy al cielo que ha puesto en mis manos los medios de reparar su mala fortuna. Por otro lado, me habéis prometido continuar sin tregua la *Historia del famoso manchego*, que tantas otras historias lleva ocultas, y las demás obras que hace tiempo os ocupan, y por ello mis beneficios dejan de ser graciosos, desde que dan en interesados.

—Nobleza es, señor, disimular el beneficio; pero esto es inútil hacerlo para un corazón agradecido. Por eso, antes de calzar las espuelas á *D. Quijote* en su tercera salida, y de poner mano en la continuación de *La Galatea*, de quien sé está aficionado V. E., he recogido algunas obras mías de las muchas que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, con el deseo de mostrar el mucho que tengo de serviros.

—¿Y cuáles son esas obras, señor *Cervantes*?

—Novelas breves son, aunque misterio tienen escondido que las levanta; y tanto, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse con las más pintadas.

—Mucho me holgaré de verlas antes de que se dé orden de mi partida; y desde luego acepto la dedicación, y mi Contador os enviará algunos ducados para que crezcan en brazos de la estampa.

—Dispuestas tengo ya algunas, y enmendadas de como mi ingenio las engendró en los pasados años. De Sevilla recibí, no ha muchos días, algunas de las

que allá dejé en poder de varios amigos, y ocúpame de presente el trabajo de repasarlas. Mas de cualquier modo, ellas vendrán y serán leídas en las veladas de V. E. cuando fuere servido.

—Muy luego será. Y antes de pasar adelante, he de deciros, mi buen *Cervantes*, el motivo por qué os llamaba.

—Ya escucho.

—Pues, como sabéis, murió el buen Juan Ramírez cuando menos lo esperábamos, y cuando yo le reservaba el puesto, debido á sus merecimientos, de Secretario de Estado y Guerra del virreinato. Para llenar tan grande falta pensé en Lupercio Leonardo, y aunque temí que no aceptara, le escribí sobre ello, y muy luego debe llegar á Madrid en compañía de su hermano Bartolomé, y trayéndome además á su hijo D. Gabriel, de cuya felicísima memoria debéis estar informado.

—No puede caber duda de que con esos oficiales la Secretaría de Nápoles dará envidia al mismo Parnaso.

—Pues aún pienso confiarles el encargo de que lleven en calidad de agregados el mayor número posible de los buenos poetas de España.

—Yo os aplaudo el pensamiento; que por una parte favorecéis la poesía, que harto desvalida anda en estos tiempos, y por otra lleváis esparcimiento de los grandes cargos de la gobernación de un reino, tan ilustre como corresponde á la alteza de vuestro ingenio.

—Harto me pesa que vuestra edad y vuestros achaques sean impedimento para que me acompañéis, señor *Cervantes*.

—No lo fueran, señor, tales que no los venciera mi deseo de servirlos, sin la dura carga que en mis hombros veo, de mujer é hijos, hermana y sobrina, que la fortuna me cargó pesada.

—Mas no creáis que por la ausencia habré de olvidar vuestros cuidados.

—Ni yo he de echar en olvido vuestros beneficios y bondades; y muestra serán de ello las obras que allá he de enviar bajo de vuestro nombre y protección, declarándoos siempre mi verdadero señor y firme amparo.

—Pues á Dios quedad; y festejaremos en amigable academia la llegada de los Leonardos con la lectura de esas obras que me decís os ocupan. ¿Cómo pensáis intitularlas?

—*Novelas Ejemplares*; porque no hay ninguna de que no se pueda sacar algún ejemplo provechoso.

III

El tiempo señalado para la partida del Conde de Lemos estaba muy próximo. Todos los preparativos se habían terminado con la ostentación y pompa correspondientes al rango del personaje y altísimo cargo de que iba investido. El Rey le hizo merced de cuarenta mil ducados para ayuda de costa de la jornada.

Por su parte, el Secretario Lupercio Leonardo y Argensola había cumplido á maravilla el encargo que el Conde le confiara, y se encontraba en Madrid con su esposa Doña María Bárbara de Albión, su hijo y el Rector de Villahermosa, su hermano, todos dispuestos á trasladarse á Nápoles á la primera orden.

Preta se encontraba también la lucida corte de ingenios que había de acompañarlos. La elección había dado motivo á mucho escándalo y movimiento, intrigas y disgustos en el círculo literario de la corte. En las gradas de San Felipe no se habló de otra cosa en muchos meses. El *mentidero de Madrid* abultaba las novedades y aumentaba las noticias.

Entre los elegidos figuraban el Doctor D. Antonio Mira de Amescua, Arcediano de Guadix, su patria, notable poeta dramático alabado por *Cervantes* y por Lope de Vega; Gabriel de Barrionuevo, también poeta y autor de varios entremeses muy agudos y celebrados; Antonio Laredo y Coronel, Francisco de Ortigosa, y algunos otros jóvenes de claro talento, pero de menor nombradía.

Quevedo no quiso ir por entonces. Entre los desdenados entraron D. Luis de Góngora, Cristóbal de Mesa y *Miguel de Cervantes*. Todos, según decía el *mentidero*, por su condición; según sus amigos, por su edad y sus achaques (*Cervantes* tenía sesenta y tres años, Góngora cincuenta, Mesa cuarenta y seis.) Si hubo otra causa ó razón, no se ha llegado á saber

Góngora se quejó en un soneto notable, diciendo:

El Conde mi señor se va á Nápoles
y el Duque mi señor se va á Francia,
Príncipes, buen viage, que este día
Pesadumbre daré á unos caracoles.

Como sobran tan doctos españoles
A ninguno ofrecí la Musa mía,
A un pobre albergue sí de Andalucía,
Que ha resistido á Grandes, digo á soles.

Con pocos libros libres (libres digo
De espugnaciones) paso y me paseo,
Ya que el tiempo me pasa como higo.

No espero en mi verdad lo que no creo;
Espero en mi conciencia lo que digo;
Mi salvación es lo que más deseo.

Mesa se quejó también en términos muy claros, dirigiéndose al mismo Conde. *Cervantes* calló por entonces, fiando en las promesas que se le habían hecho; después, en el *Viaje del Parnaso*, se lamentó del olvido de los Argensolas, diciendo:

Que tienen para mí á lo que imagino
La voluntad como la vista corta.

Triunfante asimismo el Conde de Lemos, y muy gozoso por haber obtenido sentencia favorable en el pleito que sostenía con el Conde de Monterey, pues aunque la renta que ganó no pasaba de 4.000 ducados,

era hacienda de cualidad en Galicia, pasó á Lerma, donde se encontraban los Reyes, á despedirse de ellos, en los primeros días del mes de Mayo.

IV

A 17 de Mayo de 1610 partieron de Madrid los Condes de Lemos para ir á embarcarse en Vinaroz. Fueron acompañados de toda la nobleza de España, y con grave aparato y demostración de grandeza, como requería el cargo que llevaban.

En Vinaroz los aguardaban las seis galeras de la escuadra de Nápoles, que el Rey les había mandado dar, y con ellas debía volver á España el Conde de Benavente, que cesaba en el cargo de Virrey.

La navegación fué próspera y feliz; y en los primeros días del mes de Junio dieron vista á la capital ilustre que se sienta á la falda del Pausilipo, y tomó el Conde de Lemos posesión del cargo que el Rey le confiaba.

V

Grato recuerdo quedó en el reino de Nápoles de la gobernación del ilustre Conde.

Atento á la buena administración del Estado y á proteger los hombres industriosos, era inexorable y severísimo con los malvados y vagabundos que allí acudían de todas partes por la mucha comodidad y holgura en el vivir. De su justicia se citan ejemplos admirables.

Para la guardia de su persona y debida ostentación del cargo, tenía lucidísima escolta de españoles que vestían calzas enteras, armas doradas, picas con fundas de terciopelo, y penacho en el morrión con bravos cuellos y puños abiertos (1).

Las obras de embellecimiento y utilidad de la corte le merecieron señalada preferencia.

Ahí quedaron como insignes testimonios de su ilustración y amor á las artes el suntuoso palacio de los virreyes, el magnífico edificio de la Universidad, las grandes obras para reducir á campos amenos y salúferos las lagunas y pantanos pestilenciales, y para conducir desde el Vesubio las aguas que hermocean la ciudad y fertilizan sus deliciosas vegas (2).

Mas á pesar de todos los cuidados no se descuidaban las letras. Había juntado el Conde-Virrey una lucida Academia de la que fueron iniciadores Lupericio Leonardo y Argensola, y el napolitano Juan B. Manzo, Marqués de la Vila. Llamáronla de los *Ociosos*; y en efecto, en ella pasaban los ratos que les dejaban vagar las tareas de la Secretaría todos los poetas que el de Lemos había llevado de España, y los principales de Italia.

Brillaba en aquellas agradables reuniones el joven D. Gabriel Leonardo por su felicísima memoria

(1) *Comentarios del Desengaño*, ó sea Vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo (Ms. de la Biblioteca Nacional.) *Memorial histórico español*.—Tomo XII.—Madrid: Imprenta Nacional; 1860.

(2) Navarrete.—*Vida de Cervantes*, pág. 183.

y festivo ingenio. Y no menos brillaba el insigne Virrey, cuyos elegantes versos excedían á los de Homero y Virgilio, al decir de sus comensales.

Recitábanse todas las noches las poesías que los escritores habían emborronado en la oficina; se aplaudían y corregían lo mismo las buenas que las malas, y se daban temas forzados de extraños asuntos para procurar recreo y variedad. Todos los ingenios que de diversos puntos llegaban á Nápoles, eran admitidos y obsequiados.

En entrando de las puertas adentro ninguno podía hablar, á menos que fuese en verso, so pena de ir pagando nieve y confitura, según el delito; con graciosísimas acusaciones y pleitos.

VI

Representaciones de improvisadas comedias, por todo extremo disparatadas y graciosas, solían amenizar las veladas.

Memoria de una de éstas, que debió de ser harto célebre, nos ha conservado en sus *Comentarios* el mencionado D. Diego Duque de Estrada.

Era la bajada de Orfeo al reino de Plutón en busca de su consorte:

«Que no pudo á peor lugar
Llevarle tan mal deseo,»

según decía Quevedo.

Tocó el papel de Orfeo á cierto capitán Anaya, hombre de ingenio y chispa, que sacó por cítara unas parrillas forradas de pergamino, con que hacía un ruido desapacible. Representó *Proserpina* Bartolomé Leonardo y Argensola, cuya gorda catadura excitaba grandemente la risa del auditorio, y que llegó al extremo cuando le vieron acercarse á Plutón (que lo figuraba el secretario Laredo, sentado sobre un armario que le servía de trono) y decirle con mil dengues y remilgos:

Soy Proserpina; estoy en la morada
Del horrible rabioso cancerbero,
Que me quiere morder por el trasero...

á lo que Plutón contestó gravemente:

Bien hay en qué morder, no importa nada.

La función acabó en tragedia, ó á lo menos tragi-comedia; porque al bajar Plutón del armario, cayó éste encima de los otros actores, saliendo todos, cuál más, cuál menos, lastimados.

VII

Entre los muchos viajeros que visitaron al Conde en su capital, no pueden dejar de recordarse tres españoles insignes: D. Francisco de Quevedo Villegas, que fué allá fugitivo á consecuencia del caballe-

resco suceso de la iglesia de San Martín, en la noche del Jueves Santo del año 1611. El Gran Duque de Osuna, Embajador de España en Venecia, y el Conde de Villamediana, célebre en nuestra historia literaria por sus desenfadadas sátiras y por su trágico fin.

VIII

Un desgraciado suceso vino á turbar la alegría de la ilustrada corte del Virrey.

En el mes de Marzo de 1613, falleció inopinadamente y tras brevísima enfermedad el secretario Lupercio Leonardo y Argensola.

El dolor del Conde de Lemos fué grandísimo.

La *Academia de los Ociosos* le consagró suntuosas exequias. Concurrieron los Príncipes y personajes notables de toda Italia; hubo poesías latinas, italianas y españolas; y en el túmulo, de maravilloso artificio, levantado para aquella fúnebre solemnidad, se colocaron inscripciones con grandes alabanzas del finado.

IX

Vacante la plaza de cronista del reino de Aragón, que desempeñaba Lupercio Leonardo, quiso continuar en ella su hermano Bartolomé, para lo cual envió sus memoriales á los Diputados de la Corona; y para facilitar y esforzar sus pretensiones, escribió